

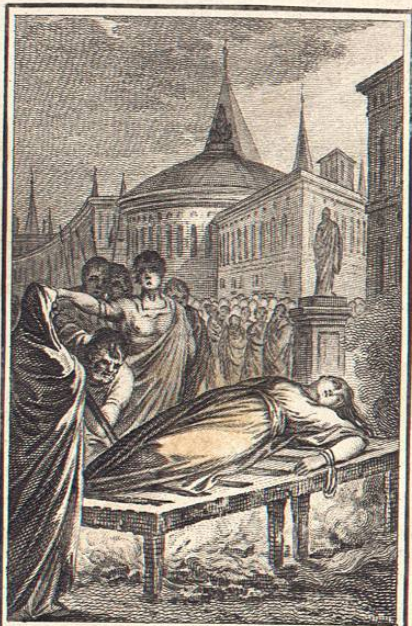
SANTA FEBRONIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

DURANTE la persecucion de Diocleciano, y hácia el fin del tercer siglo, una cierta doncella cristiana hizo que triunfase la fe en medio de los tormentos, convirtiendo al mismo tirano, y confundiendo al paganismo.

Habia en Sibápolis de Siria un célebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente era admiracion y asombro aun á los mismos gentiles. Contábanse en él mas de cincuenta religiosas, ocupadas únicamente en meditar las misericordias del Señor, y en cantar dia y noche sus alabanzas. Llamábase Briena la superiora, señora de grande distincion; pero mas respetable por su venerable ancianidad, por su prudencia y por su virtud, que por su ilustre nacimiento. Tenia consigo una sobrina, por nombre Febronia, á quien desde la edad de tres años habia criado en el monasterio, y era de diez y nueve á la sazón. Sobresalia entre todas no menos por su discrecion que por su hermosura; siendo esta tan peregrina, que se dudaba con razon si habria otra mayor en el mundo, dándola mucho realce su virginal pudor y su inocencia. La tia, que estimaba este tesoro sobre todos los de la tierra, puso el mayor cuidado en tenerle bien escondido, pues en mas de diez y siete años de ninguno la dejó ver.

Febronia, que desde su niñez habia tomado la generosa resolucion de no admitir otro esposo que á Jesucristo, á quien por los votos religiosos habia consagrado solemnemente su virginidad, aborrecia tanto la hermosura de su cuerpo, como la admiraban las demás, y no perdonaba á medio alguno para ajarla, y aun para destruirla, llegando á tocar la raya de escésivas sus mortificaciones y sus penitencias. Ayunaba regularmente la mayor parte del año, y aun la misma comida era nuevo ejercicio de mortificacion, porque se reducía á legumbres y raices con un poco de pan y agua, pasando algunas veces dos dias enteros sin comer. Dormía en el duro suelo ó en una estrecha y bronca tarima, sin mas ropa que la que traía á cuestas; pero lejos de que esta penitente y rigurosa vida descompusiese su hermosura, cada dia adquiria nuevos grados, y cuanto mas se mortificaba, mas bella y mas perfecta parecia.

No era fácil que dejase de rezumarse hácia afuera, á pesar del velo y de la retirada profesion, la noticia de una mujer tan peregrina. Sabiase que habia en el convento una religiosa de estremada belleza, y de virtud aun mucho mas singular.



STA. FEBRONIA V. Y M.



Practicáronse mil medios y aun mil ardidés para verla y para hablarla; mas no fué posible conseguirlo, porque jamás se quiso dejar ver de persona alguna de fuera, ni aun de sus mismos parientes.

Entre otras, una señora viuda, moza y muy ilustre llamada Hieria, que aun era catecúmena, tuvo tanta ansia por conocerla y por hablarla, que hizo extraordinarias diligencias para conseguirlo; y como nada pudiese alcanzar de la superiora ni con sus razones, ni con sus ruegos, ni con sus lágrimas, se arrojó á sus pies, protestando que no se levantaria de ellos, ni se apartaria de aquel sitio hasta lograr el consuelo de haber visto á Febronia. Compadecida la superiora de sus lágrimas y de su piadosa aflicción, consintió en darla gusto; pero como sabia bien la resolución de su sobrina de no ver jamás á persona seglar, ni de uno ni de otro sexo, la dijo que no seria posible vencerla mientras estuviese en aquel traje, y que así seria preciso se vistiese de religiosa, con lo que ella la introduciria en el convento como que era monja forastera. Salió bien el artificio; recibióla Febronia con grandes demostraciones de amor y caridad; dió-sela órden para que la acompañase, la cortejase y la diese conversacion; hizolo ella tan notable y tan elevadamente, hablóla de la dicha del estado religioso con tanta mocion y eficacia, que cuando Hieria solo pensaba hasta entonces en pasar á segundas nupcias, desde aquel punto no pensó mas que en recibir cuanto antes el bautismo, y en retirarse del mundo, convirtiéndose despues ella misma toda su familia á la fe de Jesucristo.

A esta conquista se siguió poco tiempo despues otra victoria mucho mas ilustre. Hallábase enferma Febronia, cuando llegó la noticia de que el prefecto Lisímaco y su tio Seleno venian á Sibápolis con órdenes terribles de los emperadores para esterminar á todos los cristianos. Anunciaban esta tempestad la alegría y el triunfo de los gentiles, como tambien los cadalsos que se levantaban en las plazas públicas. Con esta noticia se llenaron los fieles de consternacion. Eclesiásticos, religiosos, seculares y hasta el mismo obispo todos huian, y cada uno se ocultaba donde podia. Pero fué mayor la turbacion entre las religiosas; y ocupadas de terror á vista de lo que se contaba de la inhumanidad de los tiranos, estaban indeciblemente afligidas todas aquellas santas vírgenes. Conociendo el obispo el peligro á que se esponian si se quedaban en el monasterio, las dió licencia para que se saliesen de él, y se pusiesen en seguridad con la fuga. Era espectáculo verdaderamente tierno ver aquella numerosa comunidad en

punto de separarse, deshaciéndose en lágrimas, y sin abrigo donde recogerse; combatiendo entre dos afectos, y fluctuando entre el deseo de dar la vida por la fe y por conservar la virginidad, y entre el natural temor que les causaba el horror de los tormentos. La superiora, con un espíritu muy superior á su sexo y á su edad, declaró á todas sus hijas que tenian libertad para retirarse, aunque ella estaba resuelta á esperar la muerte dentro de su convento, teniéndose por muy dichosa si lograba terminar la vida recibiendo la corona del martirio. Pero no pudiendo ya disimular por más tiempo su dolor, añadió: *Toda mi ansia es saber qué hará mi querida Febronia. ¿Qué haré yo?* respondió la santa doncella con una resolución noble, firme y generosa, *¿qué haré yo? mantenerme aquí bajo la proteccion de mi dulce esposo Jesucristo, y al amparo de mi amada madre la Santísima Virgen María. No temais, tia mia, que con la gracia de mi Redentor y de mi Salvador todo lo puedo. Ofrecile ya el sacrificio de mi corazon y ahora le ofrezco el de mi vida. ¿A qué mayor gloria, ni á qué mayor dicha puedo aspirar yo que á derramar mi sangre por mi esposo Jesucristo?* Enterneció á todas las monjas este discurso, pronunciado con aquella resolución y con aquel desembarazo que inspira una virtud verdaderamente cristiana; y aunque todas quisieran seguir el ejemplo de Febronia, las mas, haciendo su oficio la flaqueza natural, buscaron en otras partes el asilo que pudieron contra el furor de los tiranos.

Era Lisímaco un jóven de veinte años no cumplidos, hijo del prefecto Antimo y sobrino de Seleno, á quien su padre le habia dejado muy encomendado estando para morir. Estimaba mucho el emperador Diocleciano á esta familia, y para darla pruebas de su amor hizo á Lisímaco prefecto del Oriente, dándole por asociado ó por asesor á su tio Seleno, que sabia muy bien era enemigo cruel de los cristianos. No así Lisímaco, que habiendo nacido de madre cristiana, los amaba y los estimaba mucho. Encargado de tan honorífica comision, le fué preciso salir á la frente de las tropas, cuyo mando encomendó al conde Primo, su primo hermano; pero con órden de que siguiese en todo los consejos de su tio Seleno. La primera ejecucion de las órdenes del emperador se hizo en Palmira, donde Seleno mandó despedazar con inaudita crueldad un número sin número de cristianos. Llenóse de horror Lisímaco á vista de tan bárbara carnicería, y confesó reservadamente al conde Primo, que como habia nacido de madre cristiana, no podia mirar sin mucho dolor la inhumanidad con que eran tratados aquellos inocentes. Entró Primo en el dic-

támen del prefecto, y le ofreció sus buenos oficios en favor de los fieles. Hizolo así; pero no bastó toda su buena voluntad para estorbar que no se ejecutasen en ellos todo género de suplicios. Dieron noticia á Seleno los gentiles de que habia un célebre monasterio de religiosas cristianas, y al punto destacó una compañía de soldados para que se apoderase de él. Forzaron las puertas del convento, y presentándose en ellas la superiora, iban ya á degollarla, cuando Sta. Febronia se arrojó á los pies de aquellos bárbaros, pidiéndoles por gracia que fuese ella la primera víctima por donde se diese principio al triunfo de la fe de Jesucristo. Detuviéronse un poco á vista de aquella intrepidez; pero cuando repararon mas en tan peregrina hermosura, quedaron como atónitos y suspensos. A este tiempo llegó el general Primo; echó de allí á todos los soldados, y sabiendo que las mas de las religiosas se habian escapado, no pudo contenerse sin esclamar: ¡*Valganme los dioses inmortales!* ¿y por qué no hicisteis vosotras lo mismo? añadiendo, *todavía estais en tiempo, creedme, poneos á cubierto de esta tempestad.*

Dió mientras tanto sus providencias para poner fuera de todo insulto aquellas vírgenes; y pasando á dar cuenta á Lisímaco de lo sucedido, retirándole aparte, le dijo: *Encontré en el convento la que me parece tienen destinada los dioses para esposa tuya; es una doncella, que en todo su aire muestra ser persona de mucha calidad; y lo cierto es, que su hermosura en mi concepto, es la mayor de todo el mundo.* Pero Lisímaco le respondió: *Oí decir á mi madre, que las doncellas de los conventos eran esposas de Jesucristo; y así yo me guardaré bien de aspirar á semejante boda.* No fué tan reservada esta conversacion, que no la hubiese oido toda un soldado, el cual partió al punto á dar el soplo á Seleno, diciéndole como el conde Primo trataba de casar á su sobrino con una doncella cristiana de incomparable belleza. Entró en furiosa cólera Seleno; y como era el mas cruel enemigo que tuvo jamás el nombre cristiano, dió orden para que al instante fuese traída Febronia á su presencia. Fué espectáculo verdaderamente lastimoso ver aquella tierna y hermosísima doncella cargada de pesadas cadenas, como una inocente oveja que los lobos arrancan del medio del rebaño, y la llevan al monte para despedazarla. Todas las religiosas deseaban seguirla para acompañarla en el martirio; pero declarando los soldados que solo tenian orden para llevar á ésta, las fué preciso conformarse, y seguirla solamente con las lágrimas, con los gemidos y con los mas íntimos suspiros. Su santa tia, superior á su dolor, se contentó con decirla al tiempo de abrazarla: *Anda, hija mia,*

muéstrate esposa digna de Jesucristo, y dame el consuelo antes de mi muerte de poder decir que tengo una sobrina mártir. No la permitió decir mas el dolor y la violencia; enternecieronse todas, y sola Febronia se mostró alegre, serena y tranquila. Pusiéronla en presencia de Seleno, y luego que la vió quedó como cortado y mudo; pero volviendo en sí, dió principio al interrogatorio, preguntándola quién era, y si era esclava ó libre. *Soy esclava,* respondió la Santa. ¿*Y de quién?* replicó el tirano. *De mi Señor Jesucristo,* respondió Febronia, *mi Salvador y mi Dios, á quien me consagré desde la cuna.* *Lástima es,* repuso Seleno, *que tan presto te dejases infatuar de esa vil secta; conoce ya tu desacierto, y abre los ojos á tu dicha; los dioses, á quienes te mando que sacrifiques, fabricarán tu fortuna; y mostrándola á Lisímaco, añadió: Quiero hacerte sobrina mia, dáudote por esposo á este caballero mozo, mi sobrino; serás mujer de un caballero romano, y una de las primeras señoras del imperio.* *Ea, quitenla esas cadenas.* La Santa entónces agarrando las cadenas con las dos manos, y revistiéndose de cierto aire majestuoso, digno de una verdadera esposa de Jesucristo: *Ruégote, señor,* le dijo, *que no me quites el mas rico adorno que he tenido en todos los dias de mi vida. Y por lo que toca al partido que me propones, estando ya, como estoy, consagrada al soberano dueño del universo, es ocioso convidarme con todos los grandes, ni con todos los príncipes de la tierra. La proposicion de que adore á los demonios, solo el oírlo me causa horror. No pienses que por ser mujer y niña tengo miedo á tus tormentos; soy cristiana, y con esto lo he dicho todo; cuantos mas tormentos me hagas padecer en defensa de mi religion, mas contribuirás á la gloria de mi Señor Jesucristo y tambien á mi triunfo, si me es licito hablar de esta manera.*

Aturdió esta respuesta al tirano, y dejó como encantados á todos los concurrentes; pero volviendo de su asombro, mandó que al instante despedazasen el cuerpo de Febronia con aquel género de azotes que se llamaban plomadas. Horrorizó á los asistentes la barbaridad del juez y la crueldad de los verdugos; pero no alteró la constancia de la Santa. Era todo su virginal cuerpo una sola llaga, y en medio de los tormentos se la oia cantar incessantemente alabanzas al Señor. Parecióle á Seleno que le insultaba, y creciendo su furor, dió orden de que la estendiesen en una especie de parrillas, y que abrasasen sus llagas á fuego lento. Era espantoso el tormento y vivísimo el dolor, retirándose la mayor parte aun de los mismos paganos, por no tener valor

para ver aquella bárbara crueldad; solo la Santa, con generosa intrepidez, no cesaba de dar gracias á su divino Esposo por la gran merced que la hacia. Esta constancia hizo subir de punto la cólera y la rabia del tirano; mandó que la magullasen la boca, que la hiciesen pedazos todos los dientes, y la arrancasen los pechos. Pero no bastando los azotes, el hierro, ni el fuego para disminuir su fervor, ni para debilitar su constancia; horrorizada toda la ciudad á vista de la inhumanidad de Seleno, al mismo punto en que Febronia tenia todavía en la boca el dulce nombre de Jesus, su divino Esposo, fué separada la cabeza de su virginal cuerpo el día 25 de junio hácia el principio del cuarto siglo.

Habian sido testigos Primo y Lisimaco, así del combate como del triunfo de la Santa, y estaban hablando de la magnanimidad de aquella doncella y del gran poder del Dios de los cristianos; cuando los vinieron á decir que Seleno, perdiendo el juicio de repente, y agitado de un ímpetu furioso, se habia hecho pedazos la cabeza contra un pilar, y que habia espirado en el mismo sitio. Acudieron presurosos á su cuarto, y quedaron sobrecogidos de un santo horror á vista del espantoso cadáver. Solo este rasgo faltaba, dijo Lisimaco á Primo, al triunfo de Febronia y á la gloria de Jesucristo; anda, amado Primo mio, entrégate del cuerpo de esa heroína cristiana; recoge hasta la tierra que esté teñida de su inestimable sangre; enciérralo todo en una rica caja; y si se opusiere algun oficial, dile resueltamente que es orden mia. En el mismo dia mandaron Primo y Lisimaco que cesase la persecucion; hiciéronse ambos cristianos, y á su conversion se siguió la de otros muchos.

SANTA EUROSIA Ú OROSIA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Aunque convienen todos los escritores, que el glorioso martirio de Sta. Eurosia fué en España en la desgraciada época que ocurrió en la península la irrupcion de los mahometanos; siendo como son varias las opiniones sobre el origen de esta ilustre mártir de Jesucristo, nos precisa dar alguna noticia en esta parte, no con otro objeto que el de no defraudar á la nacion de haber sido patria de esta célebre heroína, á quien venera la ciudad de Jaca por su patrona; por cuya sangre, con la de otras ilustres mujeres, se restauró el reino de Aragon del poder de los bárbaros africanos, segun nos dice D. Nicolás Antonio.

Muchos hacen á Eurosia natural de Bohemia, hija de los reyes Barivorio y Ludimila, los cuales, segun escriben los mismos, la

enviaron á España á contraer matrimonio con un hijo del monarca, y habiendo ocurrido la pérdida de la nacion al tiempo que entró en ella la noble doncella, fué martirizada por los moros cerca del año 714; pero reparando algunos criticos, que en aquella desgraciada época no tenia hijo alguno el rey de España, que á la sazón era D. Rodrigo, añadiendo á esto, el que Bohemia no habia recibido por entonces la fe, para que solicitasen sus padres desposarla con algun príncipe cristiano, puesto que despues de muchos años al suceso predicó el Evangelio en aquel reino su apóstol S. Metodio; por estos poderosos fundamentos niegan que fuese natural de Bohemia. Otros discurren, que nació en Boya, ciudad de Aquitania, por la que entienden á Bayona de Francia, y que fué hija del régulo ó regente de aquella provincia, que la envió con un lucido acompañamiento á desposarse con cierto gobernador de la España citerior; con cuyo motivo padeció martirio cerca de la ciudad de Jaca en la época insinuada; pero no constándonos la certeza de ninguna de las dos referidas opiniones, no hay razon para negar que fuese natural de España, á lo que se inclinan los padres Bolandos cuando critican las actas de su glorioso martirio, las que referimos adoptando lo mas verosímil en los hechos.

Ocurrió en España la detestable violencia que hizo el rey don Rodrigo á Florinda, conocida en la historia de la nacion con el nombre de la Caba; era ésta hija del conde D. Julian, gobernador de Ceuta, y quejándose á su padre con las mas vivas espresiones del insulto cometido por el rey, graduándole el conde por el horror mas infame que pudo echarse á su ilustre prosapia, determinó vengarle por uno de los mas enormes atentados que se leen en los anales. Convínose con Muza, famoso general de los moros en el Africa, para que pasase á España con un formidable ejército á fin de apoderarse de la nacion, facilitándole los mas ventajosos medios, bajo el seguro de que todos los vasallos vivian descontentos con D. Rodrigo. No despreció Muza el pensamiento, y deseoso de establecer su dominio en una península que era el objeto de toda su ambición, como lo fué en los siglos precedentes de todas las gentes bárbaras codiciosas de tan precioso terreno, entró en España con un poderoso ejército cerca del año 711; y habiendo vencido á D. Rodrigo, que quiso oponerse á la innumerable multitud de bárbaros, hechos estos dueños de toda la Andalucía, estendieron su conquista hasta las cumbres de los Pirineos por los años 714, causando en todos los pueblos por donde hicieron tránsito los formidables estragos que son fáciles á creer en su acostumbrada inhumanidad.

Vivia por entonces Eurosia fidelísima observante de todas las piadosas máximas que enseña nuestra santa religion, y temiendo los insultos que cometian los moros con todas las doncellas cristianas, se retiró á una caverna horrorosa del monte Yebra, sito en el obispado de Jaca, no distante de los Pirineos; cerca de la cual se conserva una cristalina fuente con el nombre de la Santa, que se cree haber manado á sus ruegos, para satisfacer su ardiente sed, y la de los ilustres compañeros que se refugiaron con ella en la misma gruta, huyendo del furor de los agarenos. Pareció á Eurosia estar segura en aquella espantosa cueva por estar rodeada de asperosas malezas; pero á pesar de ser el sitio tan desconocido, fué descubierta por los africanos. Quedaron admirados estos luego que vieron la peregrina belleza de la ilustrísima doncella, y persuadiéndose que no podrían hacer á su general mayor obsequio que presentársela, lo hicieron así inmediatamente. Recibió el general la oferta lleno de placer, no menos sorprendido de la rara hermosura de Eurosia, que de su singular modestia: quiso obligarla á que renegase de Jesucristo para desposarse con ella, segun sienten unos, ó á que condescendiese con sus torpes deseos, como opinan otros; pero resistiéndose la castísima doncella con heroica fortaleza á las violentas pretensiones del bárbaro, arrebatado en un furor extraordinario, viendo su desprecio, mandó degollarla inmediatamente y que la cortasen las manos, los brazos y los pies, bien fuese viva ó despues de muerta, lo que no nos dicen los escritores.

Logró Eurosia la corona del martirio en el 25 de junio del año 714 segun el mas prudente cálculo, y sepultaron los fieles su venerable cadáver en el mismo lugar que padeció el martirio; pero oscurecida la memoria de su sepultura con motivo de las sangrientas guerras y continuas irrupciones que hicieron los moros en aquel país, no queriendo Dios que estuviese oculto tan precioso tesoro, se dignó manifestarlo por medio de una revelacion hecha á cierto pastor, que apacentaba su grey en aquel territorio; lo que fué causa para que se trasladasen las santas reliquias con toda solemnidad á la catedral de Jaca, donde permanecen su carne y miembros íntegros, despidiendo de sí una fragancia exquisita; excepto la cabeza que se guarda con parte de los cabellos en el mismo sitio donde fué martirizada, juntamente con una porcion de sangre que se conserva en una ampolla, la que vertió el cadáver despues de muchos siglos, en cierta ocasion que D. Juan Navarro, obispo de Jaca, quiso cortar parte de la carne de la Santa para tener tan preciosa reliquia. Muchos han sido y son los prodigios que el Señor ha obrado y obra por la

intercesion de su fidelísima sierva, especialmente en los tiempos de escasez de lluvia; sin que suceda jamás el que deje Dios de favorecer con abundancia de aguas á aquellos naturales, llevando en rogativa las preciosas reliquias de la ilustre mártir como tenían de costumbre en semejantes urgencias; por cuya razon es grande la devocion que la profesan, como se acredita en el dia que celebran su fiesta, que es el inmediato al de S. Juan Bautista, en el que concurren los pueblos de la comarca con sus respectivas cruces parroquiales á la solemne procesion, que se ejecuta con la mas fervorosa reverencia.

SAN FELIX Ó FELICES.

EN el ramo del Pirineo que entra en España, y dividia antiguamente á los berones de los vándulos y cantabros conscos, junto á la boca por donde el rio Ebro pasa de la region de los cántabros á la de los berones, hubo un pueblo antiguo llamado Bilibio, y junto á él un castillo muy fuerte, al cual S. Braulio en la vida de S. Millan llama *Castrum Bilibium*.

En este pueblo vivia en el siglo v Felix, varon muy esclarecido en doctrina y en santidad, dado por Dios para que fuese luz y consuelo de la Rioja en aquellos tiempos turbados y calamitosos en que comenzaba á sentir España el yugo de los bárbaros que se habian apoderado de ella. Por testimonio de S. Braulio consta que era ya pública la santidad de Felix, cuando S. Millan á los veinte años de su edad fué llamado de Dios á la perfeccion cristiana. Era esto por los años 493. Tuvo Millan noticia, como dice S. Braulio, de que en el castillo Bilibio vivia Felix, ermitaño de muy santa vida; y deseoso de emprender con su ejemplo y direccion el camino de la virtud, le buscó y se sometió á él para que le enseñase á salvarse. Dábanos á entender con este hecho, añade el santo obispo, que nadie sin maestro que lo dirija se puede prometer buen éxito en el viaje de la eternidad. Y así ni este anduvo en él sin guia, ni Cristo por sí mismo adocrinó á Pablo, ni el divino poder dió á Samuel licencia para que resolviese por sí solo; pues Millan fué enviado á Felix, y Pablo á Ananias, y Samuel á Heli aun despues que los habia alentado con maravillas y con palabras de su boca. Con las lecciones de tan buen maestro, instruido Millan en la ciencia de los Santos, alentado para correr por la senda angosta, lleno de riquezas del cielo, volvió á su patria. Esta es la memoria que Braulio dejó de nuestro S. Felix, cuyas virtudes no dibujó con mas estension por no ser este el objeto de su escrito; pero en el

provecho que á S. Millan hizo su compañía, se ve como un bosquejo de lo que era su santo director. No se sabe fijamente el año en que murió S. Felix; su muerte fué en el castillo de Bilibio, en cuyo oratorio lo sepultaron, y se conservó venerado de aquellos pueblos hasta el año 1090.

La agregacion de Bilibio y sus montes á la villa de Haro que se hizo por donacion del rey D. Alonso en la era 1225, dió motivo á que se pensase en trasladar las reliquias de S. Felix al monasterio de S. Millan que dista del castillo cinco leguas.

Ya el rey D. Garcia, hácia la mitad del siglo XI, habia intentado trasladar este santo cuerpo al monasterio de Najera, cuyo encargo hizo á Garcia obispo de Alava; el cual al primer golpe que dió para abrir el sepulcro, fué apartado de él con una fuerza oculta, y quedó con la boca torcida. Al mismo tiempo se levantó una recia tempestad que acabó de determinar al obispo á desistir de su empresa, y reconociendo en aquellos castigos la voluntad de Dios, hizo grandes votos para aplacar su ira; mas nunca volvió á recobrar perfectamente la salud.

Son muchos los prodigios que ha obrado nuestro Señor por intercesion de su siervo S. Felices, los cuales han contribuido al singular culto y veneracion en que son tenidas sus sagradas reliquias. Hállanse estas junto al cuerpo de S. Millan en una arca de plata rodeada de piedras de cristal y de otras muy preciosas, labrada con ricas y esquisitas labores conforme al gusto del tiempo en que se hizo.

El dia 25 de junio del año 1607 fué trasladada á la iglesia parroquial de Sto. Tomás apóstol de Haro una insigne reliquia de S. Felices, y colocada en el altar dedicado á su nombre. En este mismo dia le celebra solemne fiesta aquella villa como á su patrono.

La misa es en honor de S. Guillelmo, y la oracion es la que se sigue:

Suplicámoste, Señor, que la intercesion de S. Guillelmo abad nos haga gratos á vuestra Majestad para conseguir por su patrocinio lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 45 del Eclesiástico, y la misma que el dia 1, pág. 49.

REFLEXIONES.

No se halla en el mundo otra cosa sino todo lo que halaga, lo que brilla, y lo que nutre al espíritu mundano. Ser estimado de los grandes, ser recibido en las conversaciones, en las tertulias, en las diversiones del mundo, esto es lo que se admira, esto es lo que agrada. La virtud vive avergonzada en un rincón oscuro. Mete poco ruido, brilla poco, y es poco conocida para que los hijos del siglo la alaben. Llega finalmente aquel tiempo en que acaban sus dias esos modelos de la felicidad mundana; viene la muerte, y da en tierra con esos colosos del orgullo, con su soñada felicidad, y hasta su memoria se acaba. Respetos, honras, estimaciones, alabanzas, aplausos, todo se enterró con ellos. Por el contrario, aquellas almas puras é inocentes, tan queridas de Dios, aquellos amigos del Esposo celestial, aquellas personas humildes y mortificadas, aquellos hombres justos, de quienes el mundo no era digno, que vivieron desconocidos, pobres, oprimidos, perseguidos, menospreciados, que fueron unas veces el asco, y otras la compasion del mismo mundo; esos acabaron sus dias trabajosos para comenzar á vivir en la gloria. Su memoria permanece en bendicion, y se veneran hasta sus mismas cenizas. Tanta verdad es, que tarde ó temprano se paga el tributo que se debe á la virtud; y si en vida se le niega á las personas virtuosas, en la muerte se les restituye el cien doblado. Porque al fin, ¿quienes son los aplaudidos y alabados despues de la muerte cuando ni la lisonja, ni el temor, ni el interés tienen parte en los aplausos? Alábase á un S. Luis, á un S. Eduardo, á un S. Enrique: hónrase á un pobre labrador, á un pastor que amaron á Dios, y que fueron amados de Dios; esos son aquellos, cuya memoria está en bendicion. ¿Podemos nosotros esperar la misma suerte? ¿será tan bendita y tan venerada nuestra memoria? Eso que nos lo diga nuestra conciencia. Desengañémonos, que solo aquel sabe hacer su fortuna, que sabe hacerse santo. El santo vive de la fe; la apacibilidad, la suavidad y la dulzura es en parte el carácter de la vida de un hombre justo: *In fide, et lenitate ipsius sanctum fecit illum.* La blandura es inseparable de la mortificacion y de la humildad, y aun se puede añadir que tambien lo es de la inocencia. Por tanto no debe causar admiracion que sea la apacibilidad uno de los rasgos mas sobresalientes en el retrato de los santos.

El Evangelio es del capítulo 49 de S. Mateo, y el mismo que el dia 1, pág. 21.

MEDITACION.

Se debe dejar todo, y todo se debe sacrificar por Dios.

PUNTO PRIMERO — Considera, que estando obligados indispensablemente á amar á Dios con todo nuestro corazon y con todas nuestras fuerzas, esto es, sin reserva, y sin perdonarnos en nada; por la misma razon debemos estar prontos á dejarlo todo, á sacrificarlo todo por obedecerle y por agradecerle. Esta es consecuencia precisa del primer mandamiento.

Solo nos atamos á las criaturas por el corazon; los lazos son las inclinaciones y la complacencia; donde hay mas nudos, allí hay menos libertad; aquello que poco se ama, sin dificultad se sacrifica. Pues si fuere verdad que amamos á Dios con todo el corazon; si fuere verdad que le amamos con todas las fuerzas, poco nos costará el sacrificarle el amor de todas las criaturas, porque las amaremos muy poco.

El renunciar á las halagüeñas diversiones del mundo, y todos los demás sacrificios que parecen dificultosos, solamente son sensibles por los lazos que es necesario romper; pues el amor de Dios los consume, los abraza todos sin dolor y sin resistencia. Todo es fácil, todo cuesta poco á quien ama mucho.

¿Pero no merece Dios ese gran desasimiento, esos grandes sacrificios? Compasion causa oír esta pregunta. ¿Qué tenemos que no hayamos recibido de Dios? ¿qué poseemos que no sea suyo? Suyos son esos bienes en que idolatramos. Tenémoslos como en depósito; y á lo mas como en arriendo. Si tenemos talentos, él nos los dió, y nos los dió para negociar con ellos; nos ha de pedir estrecha cuenta de su administracion; concediónos no mas que el uso de ellos por cierto tiempo; prestónoslos por pocos dias, y hablando en rigor, solo somos unos meros arrendatarios del Padre de familias. ¿Puede haber mayor estravagancia, mayor locura que resistirse á restituir esos bienes, cuando clama por ellos su legítimo dueño?

Admiremos la bondad de nuestro gran Dios; quiere que le concedamos como don gratuito aquello mismo que le debemos de justicia. Quiere que hagamos mérito de lo mismo que le debemos; quiere que le regalemos con lo que es suyo; porque en realidad ¿qué podemos ofrecerle, ni sacrificarle que sea nuestro? Premia Dios en nosotros sus mismos dones. ¡Qué indignidad, Señor, y qué injusticia no querer daros cosa alguna sin repugnancia y sin dolor! ¡y que sean menester infinitos discursos, mandamientos

espresos, y aun tambien amenazas para concederos aquello, que un accidente repentino nos puede quitar en cualquier hora! ¡Qué mala vergüenza! digámoslo mejor, ¡qué falta de religion, sentir dificultad en dar por su amor! ¿qué digo por su amor? en darle á él mismo una corta limosna de sus mismos bienes! ¡y luego nos admirarémolos de que aquellas casas opulentas vengan á caer en la mayor miseria; de que aquellas ricas herencias no lleguen á la tercera generacion; de que los piratas se aprovechen, y las olas se traguen en una hora el fruto de muchos años; de que un infiel corresponsal se levante con todos esos caudales de que rehusamos á Dios una pequeña parte!

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que no solo es justicia, sino interés nuestro dejarlo todo por Dios, ó á lo menos estar prontos á sacrificarlo todo, siempre que el mismo Señor nos pida este sacrificio. Nunca nos pide Dios algo, sino para darnos mucho mas. Nada le damos, á que no corresponda prontamente con el cien doblado.

El que dejare por mí y por el Evangelio á su padre, su madre, á sus hermanos, á sus hermanas, á sus bienes, recibirá de presente el cien doblado, y despues la vida eterna. Dignóse el divino Salvador explicar este cien doblado para que no se confundiese con la vida eterna, y quiso se entendiese bien, que no dilata para tan allá el premio de los que le sirven con generosidad; desde luego, y aun en esta vida recompensa esos pequeños sacrificios; ninguna buena obra se queda sin salario pronto. Al cabo del dia de la vida se da el cielo; pero el cien doblado se paga dentro del mismo dia, y al fin de él no se hace caso del cien doblado, ni entra en cuenta para el premio.

Ni reciben luego visiblemente este cien doblado solo aquellas personas religiosas que lo renunciaron todo efectivamente; tambien le reciben todos aquellos, que obligados por su estado á conservar el uso de los bienes temporales, se los sacrifican á Dios con el corazon, por medio de un perfecto y sincero desasimiento de ellos. Págalos Dios este despego, y recibe como sacrificio efectivo el que no es mas que efectivo desprendimiento. De aqui nacen aquellas bendiciones espirituales y temporales que derrama el Señor de ordinario sobre los buenos; de aqui aquellos recursos nunca imaginados, que tanto los alientan; de aqui aquellas prosperidades jamás esperadas, que suelen ser fruto de la religion y de la piedad de los padres. ¡Mi Dios! ¡qué de misterios ocultos revelará la muerte!

Dirás que no se experimenta ese cien doblado. Bien; ¿pero